

EL VELO DE ISIS XIII
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
En busca de lo Inasible

Esta versión de la historia del príncipe Diamante, nos relata con detalle, algunas de sus aventuras, y cómo puede correr tras ilusiones motivadoras en busca del amor.

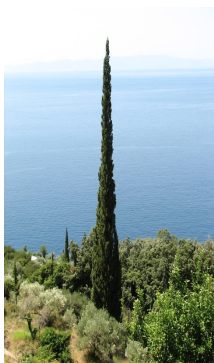


Va primero tras una gacela, que lo conduce al encuentro de un anciano, quién le informa de la existencia de una hermosa e inteligente princesa, y aún sin verla, se pone en marcha para encontrarla. Los animales con cornamenta, son el símbolo de los seres que desean conectarse con lo superior, de ahí también los gorros puntiagudos de magos y hadas. Los ancianos representan la sabiduría que obtienen los seres que se han trabajado y finalmente las princesas, simbolizan el deseo del encuentro de los seres masculino y femenino, para lograr la unidad.



El anciano le muestra la "llave" que le dará acceso al amor de la princesa (la piña y el ciprés) y le aconseja que espere tres días y se purifique y prepare, es aconsejable siempre, puesto que para emprender cualquier empresa, hemos de hacerlo preparados y limpios, habiendo unido el uno con el dos, unidad en la dualidad para encontrar la creación del tres. Padre y Madre, unidos dan lugar a la llegada del hijo.

Atravesar el río, que lo conduce a la orilla donde está la Princesa nos dice simbólicamente que siempre hay que cruzar las emociones, no quedarnos estancados en ellas, para encontrar otro lugar nuevo, en el que seguir trabajando.



El fingirse loco, es un ardid para que nadie recele de él, y en cambio él observar y conocer lo que desea saber, ese enigma que ha de hacerle lograr el amor de la Princesa. Continuamente podemos encontrarnos con enigmas por descubrir en el camino de nuestra vida, y caminar observando, sin fiarnos de las apariencias y es así que evitaremos ser convertidos en animales, en vez de mantener nuestra identidad de seres humanos.

EL VELO DE ISIS

Capítulo XIII

Termina el gran mito de Aladino y comienza el libro de los efrites o genios aéreos

Historia espléndida del príncipe Diamante y de la isla de Wak-Wak.–El gran enigma.–Seif-Almuluk y la hija del rey de los genios.–La Yatshini-Vidya oriental o dominio sobre los elementales.–El príncipe Schamshah y el gamo fugitivo.–El rey Kamús bajo el árbol de la Sabiduría.–El tamborcito mágico y la princesa Mohra.–El derviche necromante y los tres caminos para la blanca ciudad.–Los gamos de Latifa la hechicera.–“Las cuatro cosas heredadas”.–Al-Gimurg, el gigante volador.–Los reyes consortes Piña y Ciprés y su tragedia amorosa.–Las viejas y la Vaca astral cuyo excremento produce la clarividencia.–Brujas y vampiros.–Correlaciones del cuento, entre otros, con el de “Yamluka, princesa subterránea”.–Siempre el problema de la Esfinge.–La montaña de Kaf, el Kafaristan y el Ladakh o Pequeño Tíbet en los tiempos modernos y en las leyendas antiguas.–La isla de Wak- Wak, en su sentido simbólico, es la “Logia Blanca”.–La Rosa

Marina y la joven princesa de China.–Tohfa Alkulub, lugarteniente de los pájaros.

La Historia espléndida del príncipe Diamante, muy enlazada con la del anterior capítulo, puede considerarse como una décima versión del mito aladinesco (siquiera sea por el tesoro mágico que el héroe encuentra camino de la isla suprema de Wak-Wak, kaba o kawa misteriosa más relacionada de lo que parece con la Vaca ocultista que llevamos largamente estudiada en De gentes del otro mundo), hasta el punto de que en la historia que seguidamente vamos a dar en extracto, tomándola de las admirables e “inéditas” de la traducción Mardrús, aparece la heroína Piña como hija de un rey de la primera o más excelsa región de los efrites o gennis del aire, siendo aquélla tan invisible, como tal gennia, que para poder verla y gozar de sus encantos, el fúnebre rey Ciprés, saltando la barrera que desde la Caída separa al mundo de aquéllos del mísero de los hombres, ha precisado antes darse bien los ojos con el “colirio astral” del excremento de la “sagrada Vaca”, que produce, al decir del texto, la clarividencia.

De otros seis tesoros se habla también en “la espléndida Historia”, a saber: la Espada y la Flecha o Lanza mágica del rey Saleb o “Melkisedec”; el Escorpión de Soleimán o Salomón; el hacha de piedra de Tammur ben Kadmur; la gran Perla Roja de Gamila, y la “ciprianesca” Boñiga de la Vaca, con más el Aceite de la Serpiente faraónica, sentando así el precedente de los más poderosos talismanes que después de los parsis primitivos han jugado en todas las mitologías, tales como la Lanza, Espada, Piedra y Aceite del caldero de los Tuatha de Damand (cap. VII de De gentes del otro mundo); la Lanza de los Pactos de Wottan, la Espada de Sigfredo, el Anillo y el Oro de los nibelungos y el bebedizo de Hagen (Wagner, mitólogo y ocultista); el Anillo de los Ducs y la Espada florentina, etc., etc.

Todos estos tesoros y muchos más, son débiles recuerdos de los infinitos que la Magia, tanto buena como mala, puede obtener de la Yatshini-Vidya, comercio con los genios del aire o bien su dominio sobre ellos, que dicen los orientales.

Pero no anticipemos los comentarios sin antes dar el precioso texto, un tanto confuso en sí por su excesiva extensión en el texto de Mardrús como por las manos sucesivas que ha recorrido de pueblo en pueblo hasta llegar a nosotros, el antiguo mito, mito que, con sus derivados, cierra en esta nuestra obra el Libro de los entes de lo astral (habitantes de las aguas, la tierra, el fuego y el aire, como llevamos visto), para abrir el Libro de las iniciaciones, que viene después.

He aquí el extracto del complicado y simbólico mito:

VERSIÓN DÉCIMA DEL MITO DE ALADINO.
(Historia espléndida del príncipe Diamante)

El joven príncipe Schams, o Sahamssah, superaba al propio Khosroes Anuschirwam en su ideal supremo de justicia, y al gran Halim-Tai 80 en generosidad, tanto que se le llamaba por sus prendas el príncipe Diamante. Cierta día en que distraía sus ocios cazando en lejana selva vió un gallardo gamo que no parecía sino burlarse con su

ligereza de su pericia sin igual de cazador. Éste, ciego por poseer animal tan bellísimo, se lanzó en su seguimiento a todo correr de su caballo, y corrió tanto, que le sorprendió la noche y todo el día siguiente y otro más sin poder alcanzarle, hasta que, llegados perseguidor y perseguido a un delicioso jardín mil veces más hermoso que el de Rizwán, le detuvo el paso un alado guardián de aquel lugar paradisíaco nunca soñado por la imaginación del hombre, y que le condujo, cuando supo quién era, a la presencia venerable de un anciano que, con su manto y corona real tirados a un lado despreciativamente, estaba medio desnudo y meditando bajo un prodigioso árbol.

–Yo –le dijo el anciano al extraviado príncipe– reinaba antaño, como tú hoy, en la tierra de Babil. Tengo siete hijos que también son actualmente otros tantos reyes, y has de saber que existe además en las lejanas comarcas de Sinor y de Ma-sinn una princesa de mi sangre, hija del rey Kamús, hijo de Tamur, llamada Mohra, que quiere decir “la única”, por sus dotes personales como por su sabiduría, y que a todo el que alcanza a llegar hasta ella le propone este enigma: “¿Qué relaciones hay entre Piña y Ciprés? Al que responda bien le otorga todo su amor, pero al que no contesta le hace decapitar. Yo, hace ya muchos años, medito aquí, en vano, acerca del enigma, y feliz tú si al fin logras averiguarlo un día.

Así habló el regio anciano, y el príncipe Schams, loco de amor ya por sólo lo que acababa de escuchar acerca de la princesa Mohra, besó los pies del anciano y abandonó aquel paraíso. Al salir le encontraron sus servidores, que ya le lloraban perdido. “¡Iré yo mismo hasta la princesa, solo y sin previas embajadas, e intentaré, para obtener su amor, el resolver el enigma! –se dijo.

Anda que te andarás el solitario y regio viajero siguió no se sabe cuántos meses el camino que le trazara el anciano, hasta que ya un día en que estaba a punto de caer exhausto alcanzó a ver una ciudad y un palacio más alto que una montaña, palacio almenado por los millares de cabezas de reyes y de príncipes que fracasaran en la loca aventura. Sobre la cerrada puerta de oro de la ciudad lucía un tamborcito exornado de pedrería, igual que sus palillos, y una inscripción: “¡Toque, si sabe, este tambor el hombre de sangre real que desee ver a la princesa Mohra, reina de estos dominios”. Al mismo tiempo halló a su lado al anciano rey Kamús, que había llegado solícito para ver si con sus consejos podía salvar a Schams de una muerte segura.

El noble anciano, antes de que Schams se lanzase a la aventura temeraria, le aconsejó que, para prepararse y purificarse, aguardase al menos tres días. Después Diamante se lanzó a tocar el tambor de un modo tal que hizo retemblar hasta sus cimientos al castillo y a toda la ciudad, cuyas puertas se abrieron por sí mismas dejando paso franco al héroe. Pero éste no por eso vió a la princesa Mohra, pues que entre la ciudad y su ciudadela corría bajo jardines deliciosos un canal profundísimo, en el que el rey se arrojó sin titubeos para ganar a nado la otra orilla(1), donde, en efecto, pudo ver sin ser visto a la princesa rodeada de sus ninfas y en todo el esplendor de su hermosura, hermosura que le cegó los ojos y se le clavó en el corazón.

Dispuesto a jugarse el todo por el todo y fingiéndose loco salió de su escondite el príncipe, y fue tal la sorpresa que produjo en Mohra y en sus ninfas su hermosura, que exclamaron a porfía: “¡Es un ángel, es un ser caído del otro mundo!” Y Rama de Coral, la nodriza de Mohra, le acogió compasiva diciendo: “¡Sí, es un loco, es decir, un santo!” (2). Como tal loco santo se le dejó vagar a su plena libertad por el jardín.

Rendida de amor por el joven Rama de Coral, le hizo bien pronto su confidente, y así pudo saber éste cuanto podía interesarle para sus planes futuros, esto es, que bajo el lecho de marfil de la princesa dormía todas las noches, guardándola o más bien vampirizándola, un negrazo descomunal y sombrío, huido de la ciudad de Wak-Wak, y para que nunca lograrse el amor de un príncipe digno de ella había inventado, para alejarlos a todos, el famoso enigma. “¡Tienes –le dijo–, pues, que ir, si quieres conquistar a la princesa, hasta dicha ciudad de Wak-Wak!”

Inútil es añadir que al saber esto, el joven se puso inmediatamente en camino de la ciudad remota.

No tardó Diamante en tropezar en sus ciegas andanzas con un hipócrita derviche de verdes vestiduras, que le salió al encuentro y a quien aquél, engañado de sus virtudes por su traje, le suplicó le condujese si sabía hasta Wak-Wak, como Khizr, el guardián, lo hiciera antaño con otros viajeros heroicos.

En el centro de la montaña de Kaf, del Kafaristân, allí donde por dentro y por fuera habitan los genn, los mareds y los efrites –le dijo el derviche–, se halla la ciudad que buscas y para la que, después de viajar un día y una noche, hay tres únicos caminos. Si tomas el camino de la izquierda, que es el mejor, sufrirás grandes molestias y vejaciones; si el de la derecha, te arrepentirás acaso de seguirle, y si el del centro, algo muy espantoso te acontecerá. –Y cogiendo un puñado de polvo añadió: –¡Que me vea yo reducido a polvo si tú llegas a la meta ansiada!

El joven creyó, sin embargo, mejor tomar el camino del medio, donde bien pronto vió que reinaba siempre un viento huracanado imposible de contrarrestar. Para huir de tal angustia, trató el príncipe Diamante de penetrar en un jardín cuya puerta estaba cerrada por un enorme bloque de granito que a duras penas logra remover, venciendo al negrazo que le custodiaba.

Allí ya en el jardín le sorprendió el ver manadas enteras de gamos con cuernos de oro incrustados de piedras preciosas, con ricos ropajes bordados sobre los lomos y con brocados de tisú al cuello, haciéndole extrañas e inteligentes señas de que no siguiese. A pesar de ello el intrépido sigue y se encuentra con la joven Latifa⁸⁴, seductora hechicera que, después de contarle su larga historia, aquí omitida, le invita en sus seducciones a que renuncie a su empresa y se quede con ella feliz. En un momento de ofuscación pasional el joven la sigue; pero ella, empuñando pérfida un báculo en forma de serpiente, pronuncia sobre él ciertas palabras mágicas que al punto le convierten en un gamo más de los del jardín. Consciente el joven, aunque tarde, de su desgracia, gamo ya, y todo, salta la tapia para huir; pero se vuelve a encontrar mágicamente siempre incorporado a su rebaño en el encantado jardín.

Por fin se escapa el metamorfoseado joven por unos bancales, cayendo en un segundo jardín: el de Gamula, hermana menor de Latifa, quien, compadecida de su estado, le da a comer cierta hierba seca de su electuario mágico, y tirando del áureo cordón o collar que del cuello del cévido pende, logra restituirle a su primitivo sér. “¡Quédate a mi lado, oh hermoso joven!”, le suplica con apasionadas lágrimas la ninfa; pero el joven, consciente de su misión errática, se niega, y entonces ella le da siete trajes de lino y “las cuatro cosas heredadas”, quiero decir, el Arco de oro, del profeta Salch, cuya flecha traspasa la coraza más fuerte; la Espada de acero, capaz de hender hasta las rocas; el Escorpión de Soleimán, cuya picadura es mortal e instantánea; y, en fin, el Puñal de jade de Tammuz, que preserva a su poseedor de todo ataque, por la virtud oculta de su hoja. Gamula añadió estas palabras: “¡No podrás, a pesar de todo, llegar a Wak-Wak si no te ayuda en tu empresa mi tío Al-

Simurg, ni a este último tampoco podrás acercarte siquiera a menos que estés congraciado con Tak-Tak, el negro custodio de mi tío, regalándole las cuatro cosas dichas!”

Aquí vienen luego en la historia las mil peripecias, tales como el encuentro con los 40 negros, a quienes vence merced a la espada, y con Mak-Mak, otro negro a quien despacha gracias al puñal, y hasta con Tak-Tak mismo, jefe de todos, al que remata con las flechas del Arco, extrayéndole luego su corazón malvado la propia reina Aziza, a la que tenía esclavizada, y quien, libertada, hace profesión de fe y de amor al joven príncipe.

Después siguen las aventuras del jardín de Al-Simurg el volador, gigante que, según su sobrina, le habrá de mostrar su agrado si al despertar abría el ojo derecho y su temible odio si abría antes el izquierdo, pero que despertó abriendo los dos a la par y tratando de humillarle.

Sin embargo, al ver las armas invencibles de Diamante, el gigante aéreo se le prosterna como siervo: “Qué vienes a buscar aquí?”, le dice humildísimamente, e informado, se decide a servirle de guía hasta Wak-Wak, a través de desiertos y peligros, añadiendo: “Buscaré algunos asnos (kababs) para mi merienda, y yo mismo te llevaré sobre mis hombros a nado sobre los siete océanos que habremos de atravesar.” Y diciendo esto, tomó viento por sus deformes narices, e inflándose como un globo, hizo buque de su propio vientre, emprendiendo, con su carga, la ruta de Occidente.

Llegan así los dos viajeros, a los siete días, a la Ciudad de Wak-Wak, patria del sombrío negro de cabe el lecho de marfil de la princesa, y allí el gigante Al-Simurg le deposita blandamente, entregándole como talismán un mechón de pelos de su barba para que pueda evocarle en momentos de angustia. Diamante encuentra a Faraz, gallardo joven con quien hace recíproco pacto de sangre, y por él averigua también, espantado, que allí está ordenado por el rey el que sea matado en el acto quien pronuncie las dos palabras: Piña y Ciprés, nombres respectivos del rey y de la reina. Diamante va hasta el rey, a quien regala la enorme perla roja, quinto de los talismanes de Garnila, y después de contarle su vida de viajes y peligros le hace la terrible pregunta consabida, a lo que el rey monta en cólera y le condena a muerte, no sin obligarle a presenciar una escena necromante de su esposa Piña ante la cabeza cortada de un negro. Pero constreñido por la magia del talismán, al fin le cuenta toda la historia, que se reduce, en compendio, a que Piña era la hija de un rey y había sido regalada al rey Ciprés por dos viejas ciegas a quienes éste había sacado de una cisterna donde las entraran los genns de la Primera Región del aire. Las viejas, en efecto, le habían revelado que en tal sitio de no sé qué río pastaba una vaca roja y blanca, cuya boñiga, pasada por los ojos de cualquiera, le producía la clarividencia (3). Gracias a esta inapreciable facultad pudo encontrar Ciprés a la oculta Partícula de Belleza, por otro nombre Piña, hija de un gran rey de aquellos genus prodigiosos, con quien vive feliz una luna entera (4), al cabo de la cual el padre los sorprende y condena a la hoguera; pero ungidos ellos por el aceite de la serpiente faraónica, se encuentran en medio de las llamas tan frescos como en un jardín de Irem. Respetados así por los genni, sus súbditos, desde entonces, son llevados triunfalmente por los aires en carro de oro a Wak-Wak.

–Una noche, después de esto –añadió el rey Ciprés–, advertí por la frialdad de las manos y pies de mi esposa Piña, que ella, sin duda, era bruja, y como tal viajaba de noche en su doble a larguísimas distancias, cosa que corroboré al pasar y ver en

mis cuerdas flacos y extenuados a mis caballos del viento". Escupiendo la siguiente noche el narcótico de bruz que me daba, pude seguirla hasta una derruida casa en medio de un desierto espantoso, donde siete negros genios le aguardaban para gozar de sus favores, con no poco placer de ella. Ciprés mató a cinco de ellos y se llevó vivo al sexto para decapitarle en presencia misma de la infiel, pero se le escapó el séptimo, que en las comarcas de Sinn y Masinn del rey Tammur ben Kadmús se ocultó, y oculta hasta hoy, bajo el lecho de la princesa Mohra.

Sabido ya esto el joven, que era todo cuanto necesitaba saber, se despide de Farah, su hermano de armas; quemando pelo del gigante, retorna a través de los siete océanos como había venido, y luego a las moradas de Aziza, Gamila y Latifa hasta la ciudad y castillo de Mohra, el de los millares de cabezas cortadas; repica el tambor de la entrada como antaño, y da la respuesta del enigma de las relaciones entre Piña y Ciprés, o sea que no podían ser peores que lo que eran porque eran las de un hombre y una gennia hija de gennia, habiendo merecido aquélla ya su justo castigo. "Quién te ha enterado de lo que no debe saber una virgen?", le dice su padre el rey, encolerizado, y entonces el sexto negro es descubierto y decapitado, mientras que el príncipe Diamante con sus cinco esposas se presentó triunfal en la corte de su padre, que ya le creía muerto muchos años ha. La descendencia de Diamante fué luego la más maravillosa de todas las de la tierra...

COMENTARIOS

El entronque del cuento del príncipe Diamante está por un lado en el de la princesa subterránea Yamlika y por otro con los demás del capítulo XI (5). En uno como en otro se ofrecen a la perplejidad del héroe los "tres Caminos únicos de la vida", a saber: el de la Izquierda o de la Magia negra, aconsejado por el hipócrita derviche como el mejor, pese a sus crueles resultados postreros; el de la Derecha o de la Magia blanca, en el que tantos retroceden aterrados, y "el de la Vulgaridad" o del centro, camino ancho y espacioso seguido por la inmensa mayoría de los humanos, camino que les expone, como a Diamante, o como a Apuleyo del Asno de Oro, a verse transformados en bestias por las Labas o Lalifas del mundo, como también viésemos en la Ciudad muerta del mito del Príncipe Beder, al tratar de los mareds en el capítulo VIII. Del mismo modo en entrambos cuentos aparece "el escorpión, el anillo salomónico y las demás joyas mágicas consabidas"; el enigma de "quién?", "cuándo" y "dónde", característico de todas las Esfinges del Misterio; la gran isla de Wak-Wak, o de los siete Mares, por otro nombre la Isla Blanca, que sólo puede ser abordada por quien sea "señor ya de hombres, genios, aves y cuadrúpedos"; el venerabilísimo Offan o Kanúm, meditando como el Buddha bajo el Árbol de Bodhi o de la Sabiduría inalcanzable; los miles de monstruos de los cuatro reinos que oponen resistencia al respectiva héroe; el poderoso genio Khizr o Al Simurg, verdadero señor del Viento; los tratos de aquéllos con hijas de los genios y sus peligros consiguientes, hasta obtener por la Yatshini Vidya, como se ha dicho, el poder sobre ellos; el bloque que cierra la entrada, como en el cuento también de Juanillo el Oso, etc., etc. Pero sobre tales concordancias tiene varios detalles de inestimable valor que conviene puntualizar.

Es el primero de estos detalles la presentación, al comienzo, del consabido gamo (o damas en latín), símbolo de la insana curiosidad del candidato a la iniciación y también del culto lunar de Diana (la Luna). Gracias a ello, tropieza al fin el héroe, bajo el árbol de Bodhi, al Maestro de Sabiduría, de quien recibe los informes o enseñanzas de Ocultismo para su camino. Su desprecio hacia las pompas del mundo está expresado por el cetro y corona dejados a un lado, cual las despreció Sakyamuni. Al empezar el candidato a recorrer el sendero, se le opone en el acto el formidable enigma de esta vida, pues que, como luego se ve, la relación entre Piña y Ciprés es sencillamente la de este con esotro mundo de lo astral y de sus genios, que es este mundo mismo, aunque invisible, a menos de que purifiquemos nuestros ciegos ojos, logrando la clarividencia, con la “boñiga” de la Vaca, es decir, con lo más inferior y pobre de la Doctrina Lunar o de Io, precedente de la Solar, que sólo se obtiene con el trato y asimilación perfecta de la Sabiduría Perdida.

“En el centro de la montaña de Kaf (o sea en el Kafaristân y el Ladak o Pequeño Tíbet) (6) está la ciudad blanca o del Wak-Wak” (la verdadera Kaba o clásico centro iniciático parsi e hindú), le dice al héroe el derviche; y, en efecto, allí está para nosotros los teósofos modernos, pues que allí viven, retirados del mundo y entregados tan sólo a velar por la desvalida Humanidad, algunos Adeptos sublimes de la Logia Blanca –que es la blanca y simbólica Wak-Wak de la tradición aria y seguirá siéndolo mientras aliente la raza augusta de nuestros progenitores–. Una atenta lectura de la vida de H. P. Blavatsky en el capítulo VII, que a su viaje al Ladakh consagramos en el libro Una mártir del siglo XIX, nos dispensará aquí de más explicaciones acerca de esta asombrosa enseñanza, más que “simple coincidencia” al uso, de algo tan consolador y sublime como la indudable existencia, ayer, hoy y siempre, de esos Maestros o Mahatmas, “protectores muros de diamante de la Humanidad” contra las insidias astrales que quieren precipitarnos... ¡Qué asombrosa profundidad filosófica e histórica no encierran, pues, los pretendidos “cuentos de niños” de ese libro de Las mil y una noches, cuyo verdadero nombre de IOOI (“mil una” y “noche”) no es sino el de VELO DE ISIS, como en la Introducción dijimos!

El segundo inestimable detalle del cuento de Diamante es el relativo al vampirismo necromante de la reina Piña, vampirismo que tiene su eco en la Historia del joven de la yegua blanca, que es como sigue:

“Sidi Nemán, gran amante de la soledad, ve en el mercado de esclavas cierto día a una blanquísima y rubia joven de las islas del Norte, a quien liberta desposándose con ella. Lo que más le sorprende pronto en la esposa es que sólo come al día cuatro granos de arroz.

Preocupado, la vigila y advierte al fin que, por las noches, después de propinarle un narcótico, escapaba como un fantasma a través de las calles, y luego de los campos deshabitados, hasta el lejano cementerio segundo de la ciudad. Ya allí, presa el joven Nemán del mayor de los espantos, ve acercarse a su esposa la forma sepulcral de un terrible ghula que la ofrece un cráneo humano recién separado de su tronco, y en el que la pútrida, que aparentaba no comer más que cuatro granos de arroz, clava los dientes con fruición de hiena, royéndole entre mal comprimidos gritos de fruición. De repente advierte la presencia de su esposo, y, lanzando un terrible conjuro, le transforma en perro y le echa a puntapiés. El pobre Sidi Nemán, así metamorfoseado, no tiene otro recurso que el de refugiarse en una carnicería primero, y luego, por los malos tratos del carnicero, en la panadería de enfrente, donde el panadero se apiada de él. Días más tarde, una compradora trata de hacer pasar una moneda falsa de plata, y el inteligente perro la rechaza con su pata entre el asombro general. Para convencerse aún más el tahonero de la misteriosa virtud de su perro, hace traer todas las monedas falsas que puede, las cuales al punto fue separando éste de igual manera. Una vieja que ve el prodigio le dice:

“Sígueme.” Y ya en su casa, por el acostumbrado procedimiento mágico que es del caso, su hija, que es bruja, le restituye a su primitivo ser de hombre y se casa con él, no sin antes convertir en yegua a la perversa.”

Por supuesto que todos los cuentos de este capítulo vienen a constituir algo así como el precedente de las necromancias que se leen en el Conde de Gabalis, por el funesto comercio de los hombres con los entes de lo astral, comercio que a tantos infelices ha perdido.

La isla de Wak-Wak, que se ve en cuentos anteriores al de Diamante, aparece también en el siguiente, primero de la serie de los efrites o sílfides aéreas, y que llevan por título Historia de la joven Obra maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros.

“Ishak Al Nadiun –dice el cuento– era un prodigioso maestro cantor de Mossul, encargado de aleccionar en música y canto a las mujeres del harem real y compañero de copa del califa Harún Al Raschid. Un día, en unión de Al Faze, hermano del visir Giafar y de Lunus el letrado, giró visita al mercado de mujeres, donde el anciano aprovisionador le presentó a una cantarina deslumbradora llamada Tohfa Al Kulub u “Obra maestra de los corazones”, que rechazaba a los más ricos y generosos compradores de esclavas, quienes llegaron a ofrecerla hasta treinta mil dinares. Ishak al oírla se desmaya de asombro, diciendo: “¡Pero si canta infinitamente mejor que yo!”, porque, en efecto, era tal su maestría, que alcanzó a

producir el llamado baile extático, o éxtasis de la danza sagrada, a un jeique venerable, y –¡más aún!– hasta conseguía hacer bailar a las cosas inanimadas.

En vista de tales cualidades el califa la recibió como favorita, tomándola tal afecto, que acabó por poner en sus manos los destinos todos del reino; pero ella, viendo caer en el jardín la manzana olorosa de la antigua favorita Sett-Tobeida, exclamó: “¡No quiero que el rey pase más que una noche conmigo cada luna!” Porque conviene añadir que Tohfa Al Kulub no era una mujer propiamente dicha, sino una gennia más bien, de la innumerable cohorte de las sílfides haladas, que tenía otras tres hermanas casi tan admirables como ella: Gamza, Scharaza y Wakhima, casadas, respectivamente, dice el texto de Mardrús, con los tres jefes de los efrites aéreos: Al-Schisbán, Maimún y Eblis.

Gracias a semejante y halada condición, Tohfa Al Kulub pudo enseñar como nadie los divinos cantos del más aéreo y celestial primor, entre ellos el canto de la rosa, el de la violeta, el del narciso, la albahaca, la alhucema, la manzanilla, la anémona, el nenúfar, el jazmín, el alelí y demás plantas admirables de las que embellecen montes, valles, prados y jardines, y asimismo los cantos de la golondrina, el búho, el halcón, el cisne, el cuervo, la abubilla, la abeja y la mariposa, sin contar el de mil otras aves, insectos y cuadrúpedos, los cuales al oírlos quedaban extáticos también y como petrificados por el placer...⁹⁰ ¡El lenguaje entero de las aves podía enseñar y enseñó, en efecto, la mágica y hermosísima Tohfa Al Kulub, y la misma misteriosa reina Kamariya, prendada de tales encantos, iba sigilosamente a verla mientras dormía.

Todos aquellos entes excelsos llevaban sobre sí una maldición –¡la terrible maldición de Eblis!– por no haber querido antaño, en los principios del mundo y del hombre, cambiar su vaporosa y de ordinario invisible figura, tomando la forma y los penosos deberes de los hombres, y desde que la sublime Tohfa era la amada del sultán el palacio entero estaba lleno de ellos, quienes invisibles penetraban por doquiera: por las chimeneas, por las ventanas y hasta por los retretes y cisternas. Un alado caballo restituía luego a la reina Kamariya por los aires a su palacio de nubes, palacio que guardaba en sus indescriptibles jardines todas las soñadas bellezas del Edén, y había regalado a Tohfa hasta la cantidad de 12 armarios llenos con las más preciosas cosas de la tierra y del cielo.

El cuento, como vemos, se detiene en el más grave problema ocultista que cabe imaginar: el de la “Maldición o La Caída”, que es uno de los mitos más desnaturalizados del pasado sabio, porque, como se deduce lógicamente del gran tema de Prometeo, el caído, el rebelde, es siempre más excelso que el fiel, el sumiso y el desprovisto de voluntad titánica, “capaz de conquistar el cielo por la violencia”, o sea por su esfuerzo, como dice el Evangelio, por lo que, en el mito

satánico, Lucifer, “el portador de Luz” o “Phosphoros”, rebelde y gallardo, aunque caído y metamorfoseado en Satán, lucha con Miguel y su hueste (Apocalipsis), siendo por entonces vencido, aunque haya de quedar ciertamente como vencedor en la consumación de los tiempos, en el día en que “el mandil del herrero”, que dice el poeta geógrafo Elíseo Reclus, vuelva a ser el estandarte de la Persia (léase “del mundo”) al tenor de este lindo mito suyo con el que cerramos el capítulo:

“El hecho más antiguo de la historia iránica, conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del farrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos persas, destinados a sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido, y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión narrativa, tal como la transmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos encajada en la extraña fábula del monstruoso Zohak, que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diez y siete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino.

Entonces Kaueh, enarbolando su mandil de herrero en un palo, y seguido de otros trabajadores blandiendo sus herramientas, se precipitó sobre Zoliak: el monstruo, acobardado, huyó hacia Demavend, donde el héroe Feridun le clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años, el mandil de Kaueh fué el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirla de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los musulmanes cuando el formidable choque de Kadesich, y que los vencedores se repartieron los restos; pero “no era aquella la bandera verdadera”, se dicen los persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero. Bajo una forma diferente también lo esperamos nosotros.”

(1) Así se arrojaban siempre en los hirvientes Lagos iniciáticos todos los héroes de los libros de Caballería, libros que bebieron toda su inspiración en estos antiquísimos relatos parsis transmitidos por los árabes a Europa, como es sabido.

(2) Es continua tradición y uso oriental el considerar a los locos como santos, en lo que se revela mayor cultura moral que la de cuantos pueblos de Occidente los han menospreciado y maltratado. Sin duda, como entre los elementos superiores y los inferiores del perturbado se ha metido por medio el espíritu elementario obsesor, aquéllos están más elevados que de ordinario, otro tanto que éstos están envilecidos. Además la irresponsabilidad del alienado (“que tiene otro amo que el suyo”) es gemela de la perfección del santo, como de la infantil imperfección del niño. Los mentecatos (“mens-captos” o “cogidos por la mente”) son otras tantas víctimas de lo astral, a la manera de las mil que vamos viendo en diversos cuentos del gran libro. La princesa

Mohra es simplemente “una princesa mora o atlante”.

(3) La Historia de Rosa en el Cáliz y de Delicia del Mundo de Mardrus, es otro caso de desposorios de gennia y hombre. La hija del visir, viendo la destreza mostrada en los juegos públicos por el joven Delicia del Mundo, se enamora de él y le tira una manzana, que el joven se apresura a recoger. El visir se opone a tales amores y destierra a este último a “la Montaña-marina de la madre que perdió a su hijo”, emplazada lejos de todo país habitado en medio del mar Bahr-Alkonur, y cuya leyenda era la siguiente, según un ermitaño le cuenta al joven:

“Has de saber que en los tiempos antiguos bajó a esta montaña una gennia de la raza de los gentil chinos, y de sus amores con un hombre mortal tuvo a varios hijos, a los que ocultó en esta montaña desconocida. Los marineros, al oír el llanto de ellos, decían: “En esta montaña debe haber alguna pobre madre que perdió a sus hijos y que los llora aún”.

Rosa en el Cáliz escapa de la casa paterna y va a buscar a su amado, siguiendo su rastro por los versos que va dejando escritos, guiada por un león y luego por el ermitaño.

(4) “Luna de miel”, o sea un periodo tan fugaz como engañoso, como cuantas dichas mentidas proporciona la necromancia.

(5) Por eso en dicho capítulo dejamos truncado el relato correspondiente de la princesa Yamlika, o más bien Ayamlika, que es Kal-imaya, la vieja ilusión leída a la inversa, y que, como tal “maya”, puede si dar la juventud, la dicha efímera, pero no el medio de llegar por el asperísimo sendero de la Virtud a la sublime isla de Wak-Wak. Lo que del relato resta es poca cosa ya, aunque no desprovista de interés, a saber: que cuando Bija, Ajib o Assib se ve forzado en el hammam a descubrir sus secretas relaciones mágicas con la princesa, esta última vuela, abandonándole y yéndose a la isla de Wak-Wak, dejándole dicho que sólo allí podría volver a encontrarla. El mito entonces se liga con otro semejante, que es el de la bella Esplendor, quien de igual modo, por otra indiscreción semejante del dichoso héroe Hassán otra variante de Assib) con su madre, en el hammam, vuela a la inaccesible isla con sus hijos, dejando en poder de la suegra el célebre manto de plumas con que la viese hecha cisne en el Lago de la Inmortalidad, tras la siempre cerrada puerta número 40 del Palacio de los Encantos. El héroe, entonces, cual la princesa Psiquis del cuento de Apuleyo (que de aquí tomó su origen), merced al apoyo mágico de su tío o Maestro Abd Al Kaddus (el caballero Kadosh o Kadessin de ciertas iniciaciones), monta en el caballo, o más bien el elefante blanco, surgido al conjuro de este sabio, y, atravesando las islas de las amazonas vírgenes del Gennistán o “reino de los elementales”, deja atrás los siete mares, los siete abismos y las siete montañas inaccesibles; camina siete años hasta llegar al Mundo Azul (el mundo de la absoluta pureza), donde todo es de azul purísimo, sin mezcla de otro color alguno, hasta llegar a la Isla Blanca e Imperecedera, más allá del mundo conocido, o sea en la Isla Sagrada del Polo Norte, isla inaccesible y desconocida hoy para la ciencia, merced al viejo velo de Maya o de Ayamlika, del que han hablado todos los místicos y al que se refiere en múltiples pasajes el tomo II de La Doctrina Secreta, todo con detalles extensísimos que no cabe reproducir aquí, pero que el lector curioso puede deducir analizando la Historia de Esplendor, inserta en la gran enciclopedia mítica de Mardrus-Blasco, tales como el Logogrifo de Koss (el “kussos” camita-griego), allí insertado; los manuscritos de Balkis “jaína”, esposa del rey Soleimán, copiados por sabios ancianos como los de la subterránea ciudad egipcia de Ismodia; el efrite volador Dahnasch ben Forkstach, del más perfecto y mítico abolengo vasco; los blancos pájaros que sólo dicen “wak-wak” en su canto iniciático; cantos contra el atrevido adamita (hijo de Adam, o de la roja raza de barro, sucesora de las viejas razas dotadas del tercer ojo, “hombres alados” de Platón, “ruedas” de Ezequiel, cuya vista y poderes eran ilimitados, etc.)

Digamos, en fin y remate de la complicadísima cadena de mitos más o menos aladinescos aquí acumulados, que en ellos está la base de los del “Caballero del Cisne” y de los de “Lohengrin”, “Parsifal”, “Psiquis”, y, en suma, los más fundamentales de toda la demopedia occidental, que es esencialmente parsi en sus orígenes, como basta a demostrarlo el simple examen de este libro y de sus breves y siempre cohibidos comentarios. Estos Lohengrines no siempre revisten hermosa apariencia, sino que en los orígenes más bien tienen la horrible del “macho cabrío o Balphomet templario”, como se ve en la siguiente Historia del macho cabrío y de la hija del rey, con el que cerramos la nota:

“Cierta poderoso sultán de la India, para casar a sus tres hijas decide que estas, en la asamblea de todo el reino, tiren cada una su pañuelo sobre la multitud y que se casen, respectivamente, con aquellos sobre los que caigan los pañuelos. Dos de estos últimos caen sobre sendos príncipes hermosos; pero el pañuelo de la tercera y más hermosa fue a caer por tres veces consecutivas sobre un fuerte macho cabrío. Las tres bodas se realizan en el mismo día con gran contento de las dos hijas mayores, tanto porque se llevaban dos gallardos jóvenes por esposos, cuanto porque a la menor, a quien envidiaban por valer mucho más que ellas, le había tocado desposarse nada menos que con un macho cabrío. Pero no contaban las taimadas con que el supuesto macho cabrío era el más maravilloso de los hombres, y que estaba dotado del poder mágico de metamorfosearse en toda clase de seres, a su capricho, pero que no quería revelarse como tal hombre hasta el momento oportuno de mostrar al mundo su oculta valía.

La ocasión para ello no tardó en presentársele, pues de allí a poco hubo de celebrarse en la Corte un torneo, al que concurren justadores de diversos países del reino y aun del extranjero, a todos los cuales venció por tres veces. La joven esposa le arroja en recompensa una rosa, un jazmín y un tamarindo, con gran escándalo de las hermanas mayores, que quieren que aquel funesto macho cabrío sea inmolado al punto.

Llevado ante el rey el difícil caso, y a la presencia de todo el pueblo, el supuesto macho cabrío revela su verdadera y mágica condición desapareciendo. La desventurada esposa decide entonces buscarle por doquiera y recorre inútilmente, sin encontrarle, los más remotos países, hasta que, viéndose frustrada en sus anhelos, hace construir a sus expensas un hammam gratuito o casa de baños femeninos, pero a condición de que cada una le cuente la desdicha mayor de su vida, para así ver si alguna llegaba a superarla en sus desgracias y le pudiese servir el caso de lenitivo. Pero en vano transcurrió así un año sin que aquélla encontrase a otra mujer víctima de un dolor semejante al suyo. Por fin, llega penosísimamente al hammam una viejecita, que apenas si podía ya tenerse en pie, y la cuenta su triste historia en estos términos:

“Cierta día, hace ya muchos años, estaba yo lavando en el río mi camisa azul, única que poseía, cuando vi venir hacia el sitio en que me encontraba una mula cargada con dos odres y sin nadie que la guiase y llegando hasta un montículo vecino la vi golpear tres veces el suelo con su casco y dejando al descubierto una galería, por la que yo, llena de curiosidad, me atreví a penetrar, descubriendo un palacio en medio de un país desconocido y con un lago maravilloso de agua viva, en torno del cual había cuarenta tronos iguales, ocupados por otros tantos machos cabrios, quienes de allí a poco, dejando su falsa apariencia de tales animales, se bañaban gozosos en el estanque aquel, volviendo luego a su disfraz de antaño, y poniéndose a deplorar

la pérdida de la joven esposa de su príncipe, que también la llamaba diciendo. “¡Ven tú, que yo no puedo salir de aquí!” Tal es –terminó diciendo la ancianita– la mayor desdicha que yo he visto en mi larguísima vida.”

Fuera de sí la enamorada princesa, se echó a los pies de la anciana rogándola desesperadamente que la llevase al sitio en cuestión, a lo que ella se apresta solícita. Parten y, llegando al sitio referido, ven otra vez la mula que les franquea la entrada. Los jóvenes del lago reciben con júbilo a su reina y señora, sentándola con su esposo en el trono del lago”.

(6) Otro lugar análogo a este de Kaf es aquel al que se refiere la Historia de la Rosa Marina y la joven de China, de Mardrús, que dice:

“Al nacer el príncipe Zein Al-Muluk, su padre el sultán le hizo sacar el horóscopo por los astrólogos del reino. Los astrólogos le dijeron: “Será tu hijo un sér bien singular y bien glorioso; pero si en su adolescencia le miras una vez tan sólo, al punto quedarás ciego.” La triste predicción del horóscopo se cumplió, en efecto, pues que, aunque el sultán aisló a su hijo en un hermoso palacio solitario, al venir a la adolescencia, cierto día, sin conocerle, se tropezó con él cazando, y al punto quedó ciego. “¡Sólo puede restituirte la vista que has perdido Rosa Marina, la joven princesa de la China!”, le dijo un sabio jeique consultado.

El amante hijo Al-Muluk no vaciló un momento, y, desafiando toda clase de peligros y penalidades, emprendió el viaje hacia la China, llegando al cabo de dos años al Scharistán, donde era famoso el jardín de la princesa Firuz Schah, rodeado por una selva sin límites, con aves de ojos de oro, y que en su centro lucía un maravilloso rosal cuidado celosamente por la joven Cara de Lirio bajo la protección de los genios aéreos.

Arrancado de cuajo el rosal, y sin ceder a las seducciones de aquel lugar paradisíaco, el amante hijo emprendió veloz el camino de regreso, y con el agua perfumada que destilaba el rosal trasplantado al jardín de palacio logró restituir la vista al anciano padre. El padre entonces cuenta a su hijo la maravillosa historia del rey Budia, que es la siguiente: El poderoso rey Budia tenía hasta cien mujeres de diferentes países en su harem, y todas ciento le resultaron estériles. Entonces le trajeron a una maravillosa esclava persa, quien al año justo le dió una niña, que las comadronas dijeron ser un niño para evitar el natural disgusto del reino, y acerca de la que los astrólogos añadieron que, si el rey quería evitar una gran desgracia, no le viese hasta que contase los diez años. Acordado en consejo de visires dar una esposa al supuesto niño, un genio de la selva se ofrece solícito a cambiar al efecto su sexo por el de la niña, para que pudiese así llenar su papel de sucesor del reino, pero con la cláusula fatal de la devolución del sexo una vez que se hubiese asegurado dicha sucesión, encontrándose con que la tal devolución era ya imposible, aunque nada hay verdaderamente imposible para Alah.

El resto de la “Historia de Rosa Marina” carece para nosotros de interés; cuando Cara de Lirio, la princesa china despojada de su rosal, se pone en camino de Bagdad para castigar al ladrón, llega al Scharistán, y luego, disfrazada de hombre, va a la fiesta decretada para celebrar la curación de la ceguera del anciano, pues que la historia, como tantas otras, acaba casándose Cara de Lirio con el heroico príncipe, que de tal modo lo había pospuesto todo a la curación del autor de sus días, cumpliendo con ello el más religioso de los deberes del hombre para con sus antecesores.”

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna